

pedazos a penitencias y oración y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está Su Majestad tan cerca de ella, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella misma con Él, y no a voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende.

Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es así; mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar a obrar en el alma, en la gran satisfacción interior y exterior que la da, y en la diferencia que, como he dicho, hay de este deleite y contento a los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo de ella esta satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer ni qué querer ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo a entender; porque para hartas cosas eran menester letras. Porque aquí viniera bien dar aquí a entender qué es auxilio general o particular, que hay muchos que lo ignoran; y cómo este particular quiere el Señor aquí que casi le vea el alma por vista de ojos, como dicen, y también para muchas cosas, que irán erradas. Mas, como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque así de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo a poder de quien va, que entenderán y quitarán lo que fuere mal.

3. Pues querría dar a entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza a hacer estas mercedes, la misma alma no las entiende ni sabe

qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo a mí, es gran trabajo, si no hay quien la entienda; y este gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer para ir aprovechando en cualquier estado de éstos. Porque he yo pasado mucho y perdido harto tiempo, por no saber qué hacer, y he gran lástima a las almas que se ven solas cuando llegan aquí, porque, aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco; y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho tendrá harto que hacer en entenderse.

Querría mucho el Señor me favoreciese para poner los efectos que obran en el alma estas cosas, que ya comienzan a ser sobrenaturales, para que se entienda por los efectos cuándo es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme a lo que acá se puede entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que, aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz, y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es menester llegar muy en la cumbre de la oración. Ayúdame poco el tiempo que tengo, y así ha menester Su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa que ahora se comienza (1), como después se verá), y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino a pocos a pocos, y esto quisiérale. Porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mejor; parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje que si fuese algarabía, a ma-

(1) San José, de Avila.

nera de decir, aunque hayan mucho años pasado en oración. Y así me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo, estar en ello; porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después cómo lo acerté a decir. Esto me acaece muchas veces.

4. Ahora tornemos a nuestra huerta o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto, y las flores y claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios—y plegue al Señor haya yo ahora comenzado a servir a Su Majestad—digo principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida, me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y el Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano, que todo el que ha tenido en sustentarle y regalarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las hierbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestra nada y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad; tornan de nuevo a crecer las flores.

5. ¡Oh Señor mío y Bien mío!, ¡que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma!

¡Que queráis Vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el Sacramento, que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar en Vos, y que Vos os holgáis con nosotros, pues decís (*Prov.*, 8, 31) *ser vuestro deleite estar con los hijos de los hombres!* ¡Oh Señor mío! ¿Qué es esto? Siempre que oigo esta palabra me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue a que Vos la hagáis mercedes semejantes y regalos, y a entender que Vos os holgáis con ella, que os torne a ofender después de tantos favores y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve clara la obra? Sí hay, por cierto. y no una vez, sino muchas, que soy yo. Y plegue a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud; porque aun ya de ella algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar!

Suplícoos yo, Dios mío, sea así y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan los que las ven, y a mí me saca de mí muchas veces para poderos mejor alabar a Vos; que estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprasteis y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón.

6: Vuestra merced me perdone, que salgo de pro-

pósito; y, como hablo a mi propósito, no se espante que es como toma al alma lo que se escribe, que a las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le representa escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará a vuestra merced mal gusto, porque entrambos, me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo a Dios, porque me ha perdonado más, como vuestra merced sabe.

CAPITULO 15

Prosigue en la misma materia y de algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan a tener esta oración y pocas que pasan adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.

1. Y ahora tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento del alma es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias y muy suave deleite. Parecele, como no ha llegado a más, que no le queda qué desear, y que de buena gana diría con San Pedro (*Mt.*, 17, 4) que fuese allí su morada. No osa bullirse ni menearse, que entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer a sí a aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quiere. Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el so-

siego, antes ella poco a poco torna a recoger el entendimiento y memoria. Porque, aunque ella aún no está de todo punto engolfada, está tan bien ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plegue a Su Majestad me dé gracia para que yo dé esto a entender bien, porque hay muchas, muchas almas que llegan a este estado y pocas las que pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa. A buen seguro que no falta Dios, que ya que Su Majestad hace merced que llegue a este punto, no creo cesara de haber muchas más, si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser la tierra, porque ya parece la hace su bondad vecina del Cielo, si no queda por su culpa, y desventurada será si torna atrás. Yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque, por la mayor parte, será por graves culpas a mi parecer; ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal.

Y así ruego yo, por amor del Señor, a las almas a quien Su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen a este estado, que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción para no tornar a las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad, y ruin y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor—que tienen razón, de tenerle—, que, si no tornan a la oración, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien, y con estas almas hablo; que no digo

que no han de ofender a Dios y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho de ellos quien ha comenzado a recibir estas mercedes; mas somos miserables. Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor y fortaleza para levantarse; y crea, crea, que si de ésta se aparta, que lleva, a mi parecer, peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque como he dicho, juzgo por mí,

3. Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud y recogimiento y centellica, si es espíritu de Dios y no gusto dado del demonio o procurado por nosotros, aunque a quien tiene experiencia es imposible no entender luego que no es cosa que se puede adquirir—sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba; mas quédase muy en frío bien en breve, porque, por mucho que quiera comenzar a hacer arder el fuego para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle—; pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido; y si no la mata por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego que echa llamas de sí, como diré en su lugar, del grandísimo amor de Dios que hace Su Majestad tengan las almas perfectas.

4. Es esta centella una señal o prenda que da Dios a esta alma de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas. Es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque, como digo, co.10zco muchas almas que llegan aquí; y que pasen de aquí, como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe haber, que por

algo nos sustenta Dios. Digo lo que he visto. Queríalas mucho avisar que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos; y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no, como he dicho, teman y hayan miedo no se hagan a sí mal, y plegue a Dios que sea a sí solos.

5. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos de esta quietud, no es más que con suavidad y sin ruido. Llamo ruido andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias de este beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y bulle la memoria; que cierto estas potencias a mí me cansan a ratos, que con tener poca memoria no la puedo sujuizar. La voluntad, con sosiego y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos, y que éstos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí?; ¿qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el Cielo?, o palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer que es verdad lo que dice, y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza, o trabaja por recogerle, que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego, y el entendimiento muy desbaratado, y vale más que le deje que no que vaya ella tras él, digo la voluntad, sino esté ella gozando de aquella merced y recogida como sabia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

6. Así se perderá mucho el alma si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas y buscar razones, en tantito, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber es entender claro que no hay ninguna para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad y ver que estamos tan cerca, y pedir a Su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia y por los que se nos han encomendado y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oiga. Es oración que comprende mucho, y se alcanza, más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones que de la misma razón se representarán de verse tan mejorada para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin, como he dicho, admitir ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad—y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros—, y más le ayudan a encender, que no mucha leña junto de razones muy doctas, a nuestro parecer, que en un credo la ahogarán. Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir; porque, por la bondad de Dios, todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras. Y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras antes y después, aquí en estos ratos de oración poca necesidad hay de ellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces, de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra.

7. Y es así que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, especial del Salterio, no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo

que el romance quiere decir. Dejemos si hubiesen de predicar o enseñar, que entonces bien es ayudarse de aquel bien para ayudar a los pobres de poco saber, como yo; que es gran cosa la caridad y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios. Así que en estos tiempos de quietud dejar descarsar el alma con su descanso; quédense las letras a un cabo; tiempo vendrá que aprovechen al Señor y las tengan por tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a Su Majestad, porque ayudan mucho. Mas adelante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representamos delante de Dios que quiere se haga el alma boba, como a la verdad lo es delante de su presencia, pues Su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe Sí, siendo nosotros lo que somos.

También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas; mas la voluntad, con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano (*Lc.*, 18, 13) hace más hacimiento de gracias que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, o pudieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena.

8. Siéntese, a mi parecer, cuándo es espíritu de Dios, o procurado de nosotros con comienzo de devoción que da Dios, y queremos, como he dicho, pasar nosotros a esta quietud de la voluntad; no hace efecto ninguno, acábase presto, deja sequedad.

Si es del demonio, alma ejercitada paréceme lo en-

tenderá; porque deja inquietud y poca humildad y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios. No deja luz en el entendimiento ni firmeza en la verdad. Puede (1) hacer aquí poco daño o ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad que allí siente a Dios, y poner en Él sus pensamientos y deseos, como queda avisado. No puede ganar nada el demonio, antes permitirá Dios que, con el mismo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará a que el alma, como piense que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia de Él; y si es alma humilde y no curiosa ni interesal de deleites, aunque sean espirituales, sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla—que en esto ha de tener mucho, en todas las cosas de oración y gusto procurar salir humilde—, no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida.

9. Por esto, y por otras muchas cosas, avisé yo en el primer modo de oración, en la primera agua, que es gran negociación comenzar las almas oración, comenzándose a desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la cruz de Cristo, como buenos caballeros que sin sueldo quieren servir a su Rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro, que antes es menester olvidarlo para vivir que procurarlo traer a la memoria lo poco que dura todo y cómo no es todo nada y en la nonada que se ha de estimar el descanso.

(1) Súplase *el demonio*.

Parece que esto es cosa muy baja, y así es verdad; que los que están adelante en más perfección tendrían por afrenta, y entre sí se correrían, si pensasen que porque se han de acabar los bienes de este mundo, los dejan, sino que, aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y mientras más perfectos fuesen más, y mientras más duraren más. Aquí en éstos está ya crecido el amor, y él es el que obra. Mas a los que comienzan esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun a los muy encumbrados en oración, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que Su Majestad los deja. Que, como ya he dicho y no querría esto se olvidase, en esta vida que vivimos no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí y de verdad crece. Mas un niño, después que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna a decrecer y a tener pequeño cuerpo. Acá quiere el Señor que sí, a lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más. Debe ser por humillarnos para nuestro gran bien y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer, y fiar menos de sí. Vienen veces que es menester para librarse de ofender a Dios—éstos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar y pasarían mil muertes—, que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se ha menester aprovecharse de las primeras armas de la oración y tornen a pensar que todo se acaba, y que hay Cielo e infierno, y otras cosas de esta suerte.

10. Pues tornando a lo que decía, gran fundamento es, para librarse de los ardides y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar

camino de cruz desde el principio y no desearlos, pues el mismo Señor mostró este camino de perfección, diciendo (*Mt.*, 16, 24): *Toma tu cruz, y sígueme*. El es nuestro dechado; no hay que temer quien por sólo contentarte siguiere sus consejos.

En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio, que aunque tornen a caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y éstas que ahora diré. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión; porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros, y mientras mayores mercedes más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oración y no dejarla por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder; a todo se ofrece; una seguridad con humildad y temor de que ha de salvarse; echa luego el temor servil del alma y pónese el fiel temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo; desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien.

En fin, por no cansarme, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término que no les falta casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma. Y en ninguna manera por entonces se podrá determinar a que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna a ver con quebras e imperfecciones; que entonces todo lo teme; y es bien que tema. Aunque almas hay que les aprovecha más creer cierto que es

Dios que todos los temores que la pueden poner; porque, si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que la hizo que todos los castigos del infierno que la representen. Al menos la mía, aunque tan ruin, esto me acaecía.

Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo más, como a quien le cuestan muchos trabajos sacralas en limpio, no las digo ahora aquí. Creo, con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque, dejado la experiencia en que he mucho entendido, sólo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, a quien es razón se dé crédito, y no anden las almas tan fatigadas cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.

CAPITULO 16

Trata del tercer grado de oración y va declarando cosas muy subidas y lo que puede el alma que llega aquí y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios y para gran consuelo de quien llegare aquí.

1. Vengamos ahora a hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río o de fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano de manera que casi Él es el hortelano y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias que ni del todo se pierden ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua a la garganta a esta alma de la gracia, que no puede

ya ir delante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está [con] la candela en la mano, que falta poco para morir muerte que la desea; está gozando en aquella agonia con el mayor deleite que se puede decir. No me parece que es otra cosa sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo decirlo ni cómo declararlo, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable ni si calle, ni si ría ni si lllore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, a donde se aprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma.

Y es así que ha que me dio el Señor en abundancia esta oración creo cinco veces y aun seis años, muchas veces, y que ni yo la entendía ni la supiera decir; y así tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco o nada. Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada, muy claro: mas yo confieso que no podía determinar ni entender cómo era esta diferencia. Creo, por la humildad que vuestra merced ha tenido en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dio el Señor hoy, acabando de comulgar, esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones y enseñó la manera de decirlo y lo que ha de hacer aquí el alma; que, cierto, yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque, en hecho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. ¡Bendito sea el Señor, que así me ha regalado!

Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanzas de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada. Querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí; un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma que todos la vieses y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen a ella y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio (*Lc.*, 15, 6 y 9), que quería llamar, o llamaba, a sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David cuando tañía y cantaba con la arpa en alabanzas de Dios (2 *Sam.*, 6, 14). De este glorioso Rey soy yo muy devota y querría todos los fuesen, en especial los que somos pecadores.

2. ¡Oh válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuesen lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé persona que con no ser poeta, que le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que, para más gozar la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlos por su Señor? Ve claro que no hacían [casi] nada los mártires de su parte en pasar tormentos, porque conoce bien el alma viene de otra parte la fortaleza.

3. Mas ¿qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo y de haber de tornar a los cuidados y cumplimientos de él? Pues no me parece he enca-recido cosa que no quede baja en este modo de gozo que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. ¡Bendito seáis por siempre, Señor; alábenos todas las cosas por siempre! Quered ahora, Rey mío, suplícooslo yo, que—pues, cuando esto escribo, no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos míos me hacéis esta merced—, que o estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, o permitáis que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, o sacadme de él. No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen, que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le déis Vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata; el dormir la congoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos.

¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que vi[vi]endo os puede servir, querría cargarse muy más pesada, y nunca hasta el fin del mundo morirse. No tiene en nada su descanso a trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, más bien entiende que no desea otra cosa sino a Vos.

4. ¡Oh hijo mío!—que es tan humilde, que así se quiere nombrar a quien va esto dirigido y me lo man-

dó escribir (1)—, sea sólo para Vos algunas cosas de las que viere vuestra merced salgo de términos; porque no hay razón que baste a no sacarme de ella cuando me saca el Señor de mí; ni creo soy yo que hablo desde esta mañana que comulgué. Parece que sueño lo que veo y no querría ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico a vuestra merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron. Pues dice vuestra merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced quiero que me lo muestre, porque veo muy pocos que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuestra merced, Padre mío, pues es mi confesor, pues también lo es como hijo y a quien he fiado mi alma. Desengañíeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo (2), que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje. Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas así se enmiendan pocos. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué parece? Porque tienen mucho seso

(1) Habla del Padre García de Toledo.

(2) Pudieron ser éstos el maestro Daza, Francisco de Salcedo, doña Guiomar de Ulloa y el Padre García de Toledo, o el Padre Ibáñez.

los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama. No digo yo sea tanta como ellos tenían, más querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra; que no se les daba más, a trueque de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que a quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser.

¡Oh gran libertad tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo!, que como ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar a su tierra. Y pues éste es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor.

Rompa vuestra merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme que he estado muy atrevida.

CAPITULO 17

Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración. Acaba de declarar los efectos que hace. Dice el daño que aquí hace la imaginación y memoria.

1. Razonablemente está dicho de este modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, o por mejor decir, hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano y quiere que ella huelgue. Sólo consiente

la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer a todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera Sabiduría, porque es menester ánimo, cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánimo de salir de este cuerpo. ¡Y qué venturosa muerte sería!

Aquí me parece viene bien, como a vuestra merced se dijo, dejarse del todo en los brazos de Dios; si quiere llevarla al Cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su Bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también; haga Su Majestad como de cosa propia; ya no es suya el alma de sí misma; dada está del todo al Señor; descúidese del todo. Digo que en tan alta oración como ésta, que cuando la da Dios al alma puede hacer todo esto y mucho más, que éstos son sus efectos, y entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento. Sólo me parece está como espantada de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano y no quiere que tome él trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar a oler las flores. Que en una llegada de éstas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo por ventura de veinte años de cansar el entendimiento no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta y madúrala de manera que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor. Mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él esté tan fuerte con lo que ha comido de ella, que no se le vaya en gustaduras, y no dándole nada de provecho, ni pagándosela a quien la diere, sino que los mantenga y dé de comer a su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos, y sabránlo aplicar mejor que yo lo sabré decir y cánsome.

En fin, es que las virtudes quedan ahora más fuertes que en la oración de quietud pasada, que el alma no las puede ignorar, porque se ve otra y no sabe cómo comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor se abran para que ella vea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que nos las podía ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se les dio. Aquí es muy mayor la humildad y más profunda que al alma queda en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que la hiciese el Señor mercedes a abrazarlas la voluntad.

2. Paréceme este modo de oración unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere Su Majestad dar licencia a las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas y muy muchas veces, estando unida la voluntad—para que vea vuestra merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos a mí trájome tonta y por eso lo digo aquí—, vese claro y entiéndese que está la voluntad atada y gozando; digo que se ve claro, y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije en parte; porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta. Así que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado y leer, aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni

bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo para que en teniendo tiempo de soledad o desocupación de negocios, venga el alma a muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera que no a todo manjar arrostraría; mas no tan harta que, si los ve buenos, deje de comer de buena gana. Así no le satisface, ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más, de estar con Él; esto es lo que quiere.

3. Hay otra manera de unión, que aún no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuestra merced mucho—de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya—de hallarlo escrito y entender lo que es; porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es. Y aunque no parece es menester más de la primera, para no andar el alma confusa y medrosa, e ir con más ánimo por el camino del Señor llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo y merced; que por cada una es razón alabe mucho al Señor quien la tiene, y quien no, porque la dio Su Majestad a alguno de los que viven para que nos aprovechase a nosotros. Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir—en especial a mí, que me hace Dios esta merced de esta suerte muy muchas—que coge Dios la voluntad, y aún el entendimiento, a mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe ha-

cia dónde mirar; uno por otro se le pierde la vista, que no dará señales de cosa. La memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser; y ella, como se ve sola, es para alabar a Dios la guerra que da y cómo procura desasosegarlo todo. A mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo mi Dios ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse a sí? Aquí veo el mal que nos causa el pecado, pues así nos sujetó a no hacer lo que queremos de estar siempre ocupados en Dios.

Digo que me acaece a veces, y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria, que veo deshacerse mi alma, por verse junta donde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria e imaginación que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar. Digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho a lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas; así anda de un cabo a otro. En extremo me parece le viene al propio esta comparación, porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna a los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios a entender; que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Representase aquí nuestra miseria, y muy claro el gran poder de Dios; pues ésta, que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras, que están con Su Majestad, el descanso que nos dan.

El postrer remedio que he hallado, a cabo de ha-

berme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso de ella más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar; y, en fin, aquí por esclava queda. Hémoslo de sufrir con paciencia, como hizo Jacob a Lía (*Gen.*, 29, 28); porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Raquel. Digo que queda esclava, porque, en fin, no puede, por mucho que haga, traer a sí las otras potencias; antes ellas, sin ningún trabajo, la hacen venir muchas veces a sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela Su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su ser natural casi, estando sobrenatural gozando tan grandes bienes.

4. En todas estas maneras que de esta postrera agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa de él el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados en que se ve el alma, a mi parecer, lo más que acá se puede dar a entender. Trátele vuestra merced con persona espiritual que haya llegado aquí y tenga letras. Si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios y téngalo en mucho a Su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo, se holgará mucho de entender lo que es, mientras no le diere la gracia, aunque se la dé de gozarlo, para entenderlo. Como le haya dado Su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos por todo. Amén.

CAPITULO 18

En que trata del cuarto grado de oración. Comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado. Es para animar mucho a los que tratan de oración, para que se esfuercen a llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra, aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia, porque se declara por muy delicado modo y tiene cosas mucho de notar.

1. El Señor me enseñe palabras como se pueda decir de la cuarta agua. Bien es menester su favor, aún más que para la pasada; porque en ella aún siente el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo está al mundo; mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior para dar a entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oración y modos de ella, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir de él, y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza. Entiéndese que se goza un bien, a donde junto se encierran todos los bienes; mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder en otra cosa exterior ni interiormente. Antes dábale licencia para que, como digo, hagan algunas muestras del gran gozo que sienten; acá el alma goza más sin comparación, y púedese dar a entender muy menos porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería

gran embarazo y tormento y estorbo de su descanso; y digo que si es unión de todas las potencias, que, aunque quiera, estando en ello, digo, no puede, y si puede, ya no es unión.

2. El *cómo* es ésta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender. En la mística teología se declara; que yo los vocablos no sabré nombrarlos; ni sé entender qué es *mente*, ni qué diferencia tenga del *alma* o *espíritu* tampoco; todo me parece una cosa, bien que el alma alguna vez sale de sí misma, a manera de un fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuestras mercedes lo entenderán—que yo no lo sé más decir—con sus letras.

3. Lo que yo pretendo declarar es *qué siente* el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión ya se está entendido, que es dos cosas divinas hacerse una. ¡Oh Señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre; alábenos, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis, de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas. Y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta a quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra que no tenga ninguno para entender verdades. Pues ¡que hagáis a almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas! Cierto, a mí me acaba el entendimiento, y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces.

Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer—que estando en ellas ya he dicho que no hay poder nada—decir: Señor, mirad, lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos; ya que para perdonarme lo hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que le torno a derramar. No pongáis tesoro semejante a donde aún no está, como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza de esta ciudad y llaves de la fortaleza de ella a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo, que ya que trabaje por no perderlas con vuestro favor (y no es menester pequeño, según soy yo) no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin, mujer, y no buena, sino ruin. Parece que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran, en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis Vos hacer, Señor, semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os lo suplico y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis Vos a quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria.

Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veía después mi necedad y poca humildad, porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si Su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

4. También pretendo decir las gracias y *efectos* que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, o si es para llegar a tan gran estado.

Acaece venir este levantamiento de espíritu o juntamente con el amor celestial; que, a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero le parecerá que no; y a mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera; y en el crecimiento del desasir de las criaturas, más mucho en el vuelo del espíritu, yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, o lo parezca. Mas un fuego pequeño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno a lo otro. En un fuego pequeño, primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser, al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor, y sé que quien hubiese llegado a arrobamientos lo entenderá bien. Si no lo ha probado, le parecerá desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que comenzarlo, no es mucho que desatine.

Mas creo esto del Señor—que sabe Su Majestad que después de obedecer en mi intención engolosinar las almas de un bien tal alto—, que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho. Y es así que cuando comencé esta postrera agua a escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa más que hablar en griego, que así es ello dificultoso. Con esto lo dejé, y fui a comulgar. Bendito sea el Señor, que así favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome

delante cómo lo había de decir; que, como hizo en la oración pasada, Su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así que ló fuere bueno es suya la doctrina; lo malo, está claro, es del piélagos de los males, que soy yo. Y así digo que si hubiere personas que hayan llegado a las cosas de oración que el Señor ha hecho merced a esta miserable, que debe haber muchas, y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndolas descaminadas, que ayudara el Señor a su sierva para que saliera con su verdad adelante.

5. Ahora hablando de esta agua que viene del Cielo para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando lo hubiere menester, de darlo el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortelano; y a no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltarán flores y frutas, ya se ve qué deleite tuviera; mas mientras vivimos es imposible; siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua procurar la otra. Esta del Cielo viene muchas veces cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que a los principios casi siempre es después de larga oración mental, que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descansase. Como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas buscar a Dios y contentarle, quiérela dar el premio aun en esta vida. ¡Y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que si no es con mucha pena, no puede aún menear

las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, o si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no la sabe leer aunque quiera; oye, mas no entiendo lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada si no es para no acabarla de dejar a su placer, y así antes la dañan. Hablar, es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza, ya que atinase, para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido.

Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos a mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced, por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.

6. Verdad es que a los principios pasa en tan breve tiempo—al menos a mí así me acaecía—, que en estas señales exteriores ni en la falta de los sentidos no se da tanto a entender cuando pasa con brevedad; más bien se entiende en la sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que, a mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve. Cuando estuviese media hora, es muy mucho. Yo nunca, a mi parecer, estuve tanto. Verdad es que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es

la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan a importunar. Como la voluntad está queda, tórnalas a suspender y están otro poco y tornan a vivir.

En esto se puede pasar algunas horas de oración y se pasan; porque, comenzadas las dos potencias a emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí para estar muy más ganadas, y acompañan a la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo y sin ninguna imaginación en nada, que a mi entender también se pierde del todo, digo que es breve espacio, aunque no tan del todo tornan en sí que no pueden estar algunas horas como destinadas, tornando de poco a poco a cogerlas Dios consigo.

7. Ahora vengamos a lo anterior de lo que el alma aquí siente. Dígalo quien lo sabe, que no se puede entender; ¡cuánto más decir! Estaba yo pensando cuando quise escribir esto—acabando de comulgar y de estar en esta misma oración que escribo—qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: *Deshácese toda, hija, para ponerse más en Mí; ya no es ella la que vive, sino Yo. Como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo.* Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria como si nunca le hubiera habido de él. Si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que a esta mariposilla importuna de la memoria aquí se le que

man las alas, ya no se puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiendo cómo ama. El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende. Yo no acabo de entender esto.

Acaecióme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas, y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible. Dejar de creer que estaba allí no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia. Yo no lo podía creer, porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo (1) me quitó de esta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comuni[ca]ba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender que siempre esta agua del Cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

(1) ¿Padre Vicente Barrón?

CAPITULO 19

Prosigue en la misma materia. Comienza a declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuade mucho a que no tornen atrás, aunque después de esta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vendrán de no hacer esto. Es mucho de notar y de gran consolación para los flacos y pecadores.

1. Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura, de manera que se querría deshacer no de pena, sino de unas lágrimas gozosas. Hállase bañada de ellas sin sentirlo ni saber cuándo ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que la hace más creer. Parece esto algarabía y pasa así. Me ha ácaecido algunas veces en este término de oración estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño o si pasaba en verdad la gloria que había sentido; y de verme llena del agua que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece lo echaba de sí aquella nube del Cielo, veía que no había sido sueño. Esto era a los principios, que pasaba con brevedad.

Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Así son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad. Está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fue parte para traerla ni para tenerla. Vese claro indignísima, porque en pie-

za a donde entra mucho el sol no hay telaraña escondida; ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener, porque ya es por vista de ojos lo poco o ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento; sino que parece, aunque no quiso, le cerraron la puerta a todos los sentidos para que más pudiese gozar del Señor. Quedase sola con Él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve ni oye, si no fuese a fuerza de brazos; poco hay que agradecerle. Su vida pasada se le representa después y la gran misericordia de Dios, con gran verdad y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisando lo que ha de comer y entender. De sí ve que merece el infierno y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, ¡oh regalo de los ángeles!, que así queréis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma; puede ya, con entender claro que no es suya la fruta, comenzar a repartir de ella, y no le hace falta a sí. Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del Cielo, y a tener deseo de repartirlos con otros, y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que las hace desear llegase a ellas. Entiende[n] que tiene virtudes y ven la fruta que es codiciosa. Querríanle ayudar a comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos y persecuciones y murmuraciones y enfermedades—que pocos deben llegar aquí sin esto—y si está mullida con ir muy desasida de propio interés, el agua se embebe tanto, que casi nunca se

seca. Mas si es tierra, que aún se está en la tierra y con tantas espinas como yo al principio estaba, y aún no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra a secar. Y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna a querer llover, dad por perdida la huerta, que así me acaeció a mí algunas veces; que, cierto, yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer. Escríbolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen ni dejen de confiar en la grandeza de Dios. Aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor, aquí caigan, no desmayen, si no se quieren perder del todo; que lágrimas todo lo ganan; un agua trae otra.

Una de las cosas porque me animé, siendo la que soy, a obedecer en escribir esto y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido ésta: que, cierto, yo quisiera aquí tener gran autoridad para que se me creyera esto. Al Señor suplico Su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración con decir: Si torno a ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio de ella. Yo lo creo si se deja la oración y no se enmienda del mal; mas, si no la deja, crea que le sacará a puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que, como ya he dicho, la dejé año y medio; al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más, ni fue, que meterme yo misma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh válgame Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio para su propósito en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida, y que

todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

3. ¡Oh Jesús mío!, ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos, por vuestra misericordia, la tornáis a dar la mano y la levantáis! ¡Cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras y conocer vuestras grandezas; aquí el no osar alzar los ojos; aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe; aquí se hace devota de la Reina del Cielo para que os aplaque; aquí invoca los Santos que cayeron después de haberlos Vos llamado para que la ayuden; aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dais, porque ve no merece la tierra que pisa; el acudir a los Sacramentos: la fe viva que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ellos puso; el alabaros porque dejasteis tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no la sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántanse de esto. ¿Y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto escribo, porque soy ruin.

Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos —agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte—, parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males y procurando deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas Vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé a alguna tentación en echar juicios, como me la ha dado a mí, pensando por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido y trabajado, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo que no tenía más del nombre, y ver claro que nos las hacéis las mercedes que a mí. Bien veía

yo. Bien mío, que les guardáis Vos el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza ha menester esto; ya ellos, como fuertes, os sirven sin ellos y los tratáis como a gente esforzada y no interesal.

Mas, como todo, sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníais por vuestra bondad para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar; que en haciendo yo esto, comenzasteis, Señor, a abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperabais otra cosa sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos según con brevedad comenzasteis a no sólo darlos, sino a querer entendiesen me los dabais.

4. Esto entendido, comenzó a tenerse buena opinión de la que todas aún no tenían bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración y persecución de golpe, y, a mi parecer, con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicabais a Vos miraseis la razón que tenía. Decían que me quería hacer santa y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte aun a cumplir toda mi Regla, ni a las muy buenas y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré, si Dios, por su bondad, no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno y poner costumbre que no lo eran; al menos hacía lo que podía ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpan. No digo eran sólo monjas, sino otras personas descubríanme verdades, porque lo permitáis Vos.

Una vez, rezando las Horas—como yo algunas tenían esta tentación—, llegué al verso que dice *Justus es, Domine, y tus juicios*. (Ps. 118, 137.) Comencé a

pensar cuán gran verdad era; que en esto no tenía el demonio fuerza jamás para tentarme de manera que yo dudase tenéis Vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe: antes me parecía mientras más sin camino natural iba, más firme la tenía, y me daba devoción grande. En ser Todopoderoso quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hicierais Vos, y en esto, como digo, jamás tenía duda. Pues pensando cómo con justicia permitíais a muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me hacíais a mí, siendo la que era, respondístisme, Señor: *Sírveme tú a Mí, y no te metas en eso*. Fue la primera palabra que entendí hablarme Vos, y así me espantó mucho. Porque después declaré esta manera de entender, con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir del propósito y creo harto he salido. Casi no sé lo que me ha dicho. No puede ser menos mi hijo, sino que ha vuestra merced de sufrir estos intervalos; porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir. Plegue al Señor que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita Su Majestad tenga yo poder para ser contra Él un punto; antes en éste que estoy me consuma.

5. Basta ya para ver sus grandes misericordias no una, sino muchas veces que ha perdonado tanta ingratitude. A San Pedro, una vez que lo fue, a mí muchas; que con razón me tentaba el demonio no pretendiese amistad estrecha con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en Vos? ¡Qué disparate huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio; apartarme de estar arrimada a la columna y báculo que me ha de sustentar para

no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento que cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes, había de llegarme a la oración; que me bastaba rezar lo que debía, como todas; mas que, aun pues esto no hacía bien, cómo quería hacer más; que era poco acatamien[to] y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto; mas ponerlo por obra fue el grandísimo mal. ¡Bendito seáis Vos, Señor, que así me remediasteis!

¡Principio de la tentación que hacía a Judas me parece ésta, sino que no osaba el traidor tan al descubierto; mas él viniera de poco en poco a dar conmigo a donde dio con él. Miren esto, por amor de Dios, todos los que tratan oración. Sepan que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vida; mírese qué buen remedio me daba el demonio y qué donosa humildad: un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo había de sosegar mi alma? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, veía los contentos de acá ser asco. Cómo pudo pasar, me espanto. Era con esperanza, que nunca yo pensaba—a lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años—, dejaba de estar determinada de tornar a la oración; mas esperaba a estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno.

Pues teniendo oración y lección, que era ver verdades y el ruin camino que llevaba, e importunando al Señor con lágrimas, muchas veces era tan ruin que no me podía valer; apartada de esto, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, y osa-

ré decir ninguna sino para ayudar a caer, ¿qué esperaba sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo (2), gran letrado, que él me despertó de este sueño; él me hizo, como creo he dicho, comulgar de quince en quince días; y del mal, no tanto. Comencé a tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor; mas como no había perdido el camino, aunque poco a poco, cayendo y levantando, iba por él; y el que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración. Dios nos libre por quien El es.

6. Queda de aquí entendido, y nótese mucho, por amor del Señor, que aunque un alma llegue a hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierto de Dios, es aprovecharse el traidor de la misma merced en lo que puede, y a personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas; porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste, como adelante diré, para ponerse en ocasiones y peligros, por grandes deseos y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina ésta, y no mía, sino enseñada de Dios; y así querría que personas ignorantes, como yo, la supiesen. Porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir a combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aún no tienen fuerzas para pelear contra ellos y traerlos debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que diré después.

Este es el engaño con que coge el demonio, que,

(2) Padre Vicente Barrón.

como se ve un alma tan llegada a Dios, y ve la diferencia que hay del bien del Cielo al de la tierra y el amor que la muestra, el Señor, de este amor nace confianza y seguridad de no caer de lo que goza. Párecele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa que aun para la vida es tan deleitosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite; y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener de sí; y, como digo, pónese en los peligros y comienza con buen celo a dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada, sino de mucha confianza de Dios, sin discreción, porque no mira que aún tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, mas aún no está para volar; porque las virtudes aún no están fuertes, ni tiene la experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

Esto fue lo que a mí me destruyó; y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro y trato con personas espirituales. Bien creo que alma que llega Dios a este estado, si muy del todo no deja a Su Majestad, que no la dejará de favorecer ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor no la engañe en que deje la oración, como hacía a mí con humildad falsa, como ya lo he dicho, y muchas veces lo querría decir. Fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan a perdonarnos más presto, como a gente que ya era de su casa y ha comido, como dicen, de su pan. Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle que Su Majestad

dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amén, y alábenle todas las cosas.

CAPITULO 20

En que trata de la diferencia que hay de unión a arrobamiento. Declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma que el Señor, por su bondad, llega a El. Dice los efectos que hace. Es de mucha admiración.

1. Querría saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de unión a arrobamiento, o levantamiento, o vuelo que llaman de espíritu o arrebatamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis. Es grande la ventaja que hace a la unión. Los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio y medio y fin y lo es en lo interior; mas así como estotros fines son en más alto grado, hace los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que, cierto, si Su Majestad no me hubiere dado a entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

Consideremos ahora que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que, si no es por no consentirlo la tierra, podemos creer que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien le agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma, digamos ahora a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y levanta toda ella —helo oído así esto, de que cogen las nubes los va

pores o el sol—y sube la nube al Cielo y llévala consigo, y comiéndzala a mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así.

En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido faltar de él el calor natural. Vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay ningún remedio de resistir; que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistir se puede casi siempre. Acá, las más veces, ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas.

Y digo que se entiende y os veis llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir a donde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese. Y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento. Como quien pelea con un jayán fuerte, quedaba después cansada. Otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle.

Esto ha sido pocas; porque como una vez fuese a donde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena, porque me parecía cosa muy extraordinaria y que había de haber luego mucha nota; y así mandé a las

monjas—porque es ahora después que tengo oficio de Priora—no lo dijese. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo, y aun estando personas principales de señoras, que era la fiesta de la Vocación, en un sermón tendíame en el suelo, y allegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta y que aquella merced podía Su Majestad hacérmela sin que se entendiase. Parece ha sido por su bondad servido de oírme, que nunca más hasta ahora lo he tenido: verdad es que ha poco.

Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo compararlo, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y, en fin, aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder. Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced y que no queda por Su Majestad, y resistiéndole por humildad, deja los mismos efectos que si del todo se consintiese.

2. A los que esto hace son grandes. Lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y cómo no somos parte, cuando Su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo como el alma, ni somos señores de ello; sino que, mal que nos pese, vemos que hay superior y que estas mercedes son dadas de Él, y que de nosotros no podemos en nada, nada, e imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso que gran temor me hizo; al principio, grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras de sí y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo estaba de manera en

mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender a tan grande Dios; éste, envuelto en grandísimo amor que se cobra de nuevo a quien vemos le tiene tan grande a un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia como por tantas ofensas se ha hecho.

También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es. Paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera, digo más que estotras cosas de solo espíritu; porque ya que están cuanto al espíritu con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor el mismo cuerpo lo ponga por obra, y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida.

3. Después da una pena, que ni la podemos traer a nosotros, ni venida se puede quitar. Yo quisiera harto dar a entender esta gran pena y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar que estas cosas son ahora muy a la postre después de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y el tiempo que solía tener oración, a donde el Señor me daba tan grande[s] gustos y regalos. Ahora, ya que eso no cesa, algunas veces, las más y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir; porque, aunque adelante diré de estos grandes ímpetus que me daban cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tiene más que ver, a mi parecer, que una cosa muy corporal a una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo; entrambos parece participan de ella, y no es con el extremo del desamparo que en ésta. Para lo cual, como he dicho, no somos

parte, sino muchas veces a deshora, viene un deseo que no sé cómo se mueve. Y de este deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas que, por mucho que ella trabaje, ninguna que la acompañe le parece hay en la tierra ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quisiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejisimo Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creará ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien que en sí tiene todos los bienes.

4. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve, con una pena tan delgada y penetrativa, que, aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir, y por ventura lo dijo el real Profeta estando en la misma soledad, sino que como a santo se la daría el Señor a sentir en más excesiva manera (*Ps. 101, 8*): *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*; y así se me representa este verso entonces que parece lo veo yo en mí, y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece que está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando a sí misma (*Ps. 41, 4*): *¿Dónde está tu Dios?* Es de mirar que el romance de

estos versos yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver que me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo (*Gal.*, 6, 14), que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; mas paréceme que está así el alma, que ni del Cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere ni está en ella, sino como crucificada entre el Cielo y la tierra padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que viene del Cielo, que es, como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear, es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera que, a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué compararlo. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite; luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular de Él, sino todo junto le quiere y no sabe lo que quiere. Digo no sabe porque no representa nada la imaginación; ni a mi parecer, mucho tiempo de lo que está así no obran las potencias. Como en la unión y arrobamiento el gozo, aquí la pena las suspende.

5. ¡Oh Jesús! ¡Quién pudiera dar a entender bien a vuestra merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma! Lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienza, porque no se ha de morir, mas llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este parecer; aunque es tan excesivo que el sujeto le pue-

de mal llevar, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan a mí de las hermanas que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas que no las puedo algunas veces juntar, y así me queda dolor hasta otro día en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado.

Y bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que, a mi parecer, bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces: ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno. Todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios; y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo la podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver que, aunque se queje de él, nadie le parece la ha de creer.

6. También la atormenta que esta pena es tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la soga a la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo. Así me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza; que como nos pone la pena en peligro de muerte—que esto sí, cierto, hace; yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades y ocasiones, como he dicho, y creo podría decir es éste tan grande como todos—, así el deseo que el cuerpo y alma tienen de no apartarse, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo y quejarse y divertirse, buscar remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, o de lo superior del alma, que no querría salir de esta pena.

No sé si yo atino a lo que digo, o si lo sé decir;

más a todo mi parecer, pasa así. Mire vuestra merced qué descanso puede tener en esta vida; pues el que había, que era la oración y soledad, porque allí me consolaba el Señor, es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos que solía tener. Parécele más seguro, porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor, a mi parecer; porque no participa con el cuerpo sino pena, y el alma es la que padece, y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser esto, mas así pasa; que, a mi parecer, no trocaría esta merced que el Señor me hace—que viene de su mano y, como he dicho, nonada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural—por todas las que después diré; no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que es después de todo lo que va escrito en este libro y en lo que ahora me tiene el Señor. Digo que estos ímpetus es después de las mercedes que aquí van, que me ha hecho el Señor.

Estando yo a los principios con temor, como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante Su Majestad asegura, me dijo que no temiese, y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra o purifica como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en purgatorio. Bien entendía yo era gran merced, mas quedé con mucha más seguridad y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo; antes el muy sobrado bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor que tan bueno es. Amén.

7. Parece que he salido de propósito, porque comencé a decir de arrobamiento, y esto que he dicho aún es más que arrobamiento, y así deja los efectos que he dicho.

Ahora tornemos a arrobamiento, de lo que en ello es más ordinario. Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba; y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre: si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuanto a lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido de él. Digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve ni oye ni siente, a mi parecer. Mas, como dije en la oración de unión pasada, este transformamiento del alma del todo en Dios dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

8. Diráme vuestra merced que cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento. Y muchas veces lo que pasa por mí es que, como dije en la oración pasada, gózase con intervalos. Muchas veces se engolfa el alma o la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme es este bullicio de estotras dos potencias como el que tiene una lengüecilla de estos relo-